

plata cubria su pecho, en la cual se reflejaban los primeros rayos, que al asomar por el oriente despedia el refulgente sol (17). Un anticuario habla de haber visto algunos fragmentos de esta estatua á principios del siglo pasado. Segun se dice, aun se conservaba en la época que invadieron el pais los españoles, y fué destruida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano de hierro, fué mas fatal que la del tiempo mismo para los monumentos aztecas (18).

Alrededor de las grandes pirámides hay muchas pequeñas que rara vez tienen mas de treinta piés de altura, y que segun la tradicion estaban consagradas á las estrellas, y servian de sepulcros á los hombres célebres de la nacion. Están dispuestas en simétricas calles, y terminan en los costados de las grandes pirámides que miran á los puntos cardinales. La llanura en que se levantan, llámase *Micoatl*, "ó Paso del finado;" y al remover el labrador la tierra aun encuentra multitud de puntas de flechas y hojas de obsidiana, que atestiguan la belicosa índole de su primera poblacion (19).

¡Qué multitud de pensamientos deben agolparse á la mente del viajero al visitar estos monumentos venerables de lo pasado, y al pisar las cenizas de las generaciones que erigieron estas colosales fábricas, que nos llevan de lo presente á lo mas oscuro de los tiempos! ¿Pero quiénes las fabricaron? ¿Fué el misterioso olmeca, cuya historia semejante á la de los antiguos titanes se pierde en las tinieblas de la fábula? ¿O seria como mas comunmente se cree, el pacífico é industrioso tolteca, cuya historia descansa en tradiciones, base poco menos segura que aquella? ¿Qué se han hecho las naciones que las construyeron? ¿Quedaron en el pais, y se mezclaron con el feroz azteca que las sucedió, ó pasaron al sur, y allí encontraron campo mas vasto para desarrollar su civilizacion, como lo da á entender el mérito superior de las ruinas arquitectónicas que se encuentran en las distantes regiones de Centro América y Yucatan? Todo es un misterio, sobre el cual ha corrido el tiempo un velo impenetrable, que no es dado á la mano del hombre levantar. Ha desaparecido una nacion fuerte, numerosa y bastante adelantada en civilizacion, como lo atestiguan sus obras; pero pereció sin legar un nombre; murió sin dejar una señal de su existencia.

No debieron sin duda ocupar la mente de los conquistadores estos pensamientos, pues no dejaron escrita ni una sola línea acerca de estas fábricas veneradas por el tiempo, á pesar de que pasaron frente de ellas, y acaso descansaron bajo su sombra misma. Probablemente los sufrimientos presentes les dejaban

(17) Así lo dice el caballero Boturini. *Idea*, pp. 42 y 43.

(18) Tanto Ixtlilxochitl como Boturini, que visitaron estos monumentos, uno á principios del siglo décimoséptimo, y el otro al comenzar el décimooctavo, testifican haber visto los restos de esta estatua, que habian ya desaparecido cuando Veytia examinó la pirámide. *Hist. antig.*, tom. I, cap. 26.

(19) "Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa inveniet scabra rubigine pila," &c.

GEORG., lib. 1.

poco tiempo para pensar en lo pasado, y la nueva y peligrosa posicion en que se encontraban cuando estuvieron en este sitio, debió alejar de ellos cualquiera otro pensamiento que no fuera el de su propia conservacion.

Cuando comenzaba á subir el ejército la montaña que rodea el valle de Otompan, trajeron los exploradores la noticia de que un poderoso ejército estaba acampado en el lado opuesto, esperando sin duda su llegada. Pronto vieron confirmada esta noticia por sus propios ojos, pues luego que doblaron la cumbre de la sierra, distinguieron al pié de ella un formidable ejército que llenaba todo el fondo del valle, el cual por la blanca cota de algodón que vestian los guerreros, parecia cubierto de nieve (20). Formábanlo las tropas de las provincias inmediatas, y especialmente las del populoso territorio de Tezcuco, que habian tomado las armas á instancias de Cuiclahua, sucesor de Montezuma, y se habian reunido en aquel punto con el objeto de disputar el paso á los españoles. Cada gefe de importancia habia salido al campo con todos sus súbditos, desplegando orgullosamente la pompa y esplendor de su equipo militar. Hasta donde podia alcanzar la vista, veíanse escudos y flamantes pendones, fantásticos cascos, bosques de relumbrantes lanzas, la blanca cota de algodón del gefe y la tosea armadura de lo mismo del soldado, todos mezclados en completa confusion, y moviéndose desordenadamente como las ondulantes olas de un mar embravecido (21). Espectáculo era aquel bastante para intimidar al mas intrépido de los cristianos, aumentando mas su temores, el no ver realizada la lisonjera esperanza de llegar pronto á la tierra hospitalaria, donde terminaba su penoso viaje. Aun el mismo Cortés, al comparar el ejército que tenia á la vista con sus diminutos escuadrones, diezmados por la enfermedad y debilitados por el hambre y cansancio, no pudo menos de creer que habia llegado su última hora (22).

Empero su alma noble no se abatía con la presencia de los peligros, y sacó provecho de la misma situacion penosa en que se encontraba. No tenia tiempo para meditar, porque tampoco se le ofrecia alternativa en que elegir. Huir, era imposible, pues no podia volver á la capital de donde se le habia expulsado. Debía pues seguir adelante, abriéndose paso por entre el enemigo ó perecer. Tomó por lo mismo sus disposiciones para el combate. Formó sus tropas, dándoles el mayor frente posible, y protegiendo sus flancos con su pequeño cuerpo de caballería, reducido ya á veinte hombres. Afortunadamente no habia permitido en los dos últimos dias que montaran los inválidos á la grupa de

(20) "Y como iban vestidos de blanco, parecia el campo nevado." Herrera, *Hist. general*, déc 2, lib. 10, cap. 13.

(21) "Vistosa confusion," dice Solís, "de armas y penachos, en que tenian su hermosura los horrores." (*Conquista*, lib. 4, cap. 20.) Esta pintura da á conocer la mano de un grande escritor, como él era, pero no debia haber puesto armas de fuego en manos de sus compatriotas, pues ciertamente carecian de ellas entonces.

(22) "Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias." *Rel. seg. de Cortés*, en Lorenzana, p. 148.

los caballos para que no se maltrataran, por lo que estaban en un mediano estado; y ciertamente se había repuesto todo el ejército con el descanso de dos noches y media, que como hemos visto, tuvieron en aquel lugar, no obstante que eso dió tiempo al enemigo para reunirse en considerable número con el fin de impedirles el paso. Encargó Cortés á la caballería, no ofendiera con las lanzas por la mitad del cuerpo, sino que las dirigiera á la cara. La infantería debía herir con sus espadas de punta y no de filo, pasando de parte á parte de un solo golpe los desnudos cuerpos de los enemigos. Sobre todo, habian de asestar sus tiros con preferencia á los gefes, pues sabia el general cuánto interesa la vida del comandante en la guerra con los bárbaros, cuya falta de subordinacion los hace no sujetarse á las órdenes de otro, que no sea aquel á quien están acostumbrados á obedecer.

Dirigió entonces á sus tropas, como lo acostumbraba hacer antes de principiar un combate, unas cuantas palabras con el fin de animarlas. Recordóles las victorias que habian obtenido sobre fuerzas tan superiores en número como las que iban á presentarles accion, con lo que quedaba bien demostrada la ventaja de la ciencia y disciplina sobre la fuerza numérica. Díjoles, que nada importaba el número cuando el brazo del Todopoderoso los defendia; y exhortóles á tener una ciega confianza, en que el que habia conducido salvos por tantos peligros á los defensores de su causa, no los abandonaria para que perecieran á manos de los infieles. Fué breve su discurso, porque leía en el semblante de los soldados aquella resolucion firme que hace inútiles las palabras. La triste posicion que guardaban, hablaba á cada uno de ellos con mas fuerza de la que podía tener la persona mas elocuente, y producía en su alma aquel sentimiento de desesperacion, que hace fuerte al débil y héroe al cobarde. Encomendándose pues, devotamente á la proteccion de Dios, de la Virgen y del apóstol Santiago, marcharon valerosamente contra el enemigo (23).

Momento solemne fué aquel en que el pequeño y resuelto ejército, con paso firme y continente sereno, descendió al llano para ser envuelto, á lo que parecia, en el vasto océano de sus enemigos. Vinieron estos á encontrarlos con su acostumbrado brio, haciendo resonar las montañas con el ruido de sus discordantes instrumentos y feroces gritos de guerra, y disparando piedras y flechas en tal número, que oscurecieron por un momento la luz del sol; pero cuando se encontraron las primeras filas de los dos ejércitos, reconocióse la superioridad

(23) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 14.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.

Pudo haber dicho Cortés á sus tropas lo que Napoleón á las suyas en la famosa batalla con los Mamelucos. "Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta siglos;" pero la situacion de los españoles era demasiado seria para pensar en rasgos teatrales.

dad de los cristianos, pues retrocedieron sus contrarios, y fueron puestos en desórden por la caballería, dañándoles su misma multitud, porque las últimas filas empujaban hácia delante á las primeras. Continuó el ataque la infantería española, y abrióse un ancho campo en las filas enemigas, que se apartaban por todos lados deseosos, al parecer, de proporcionar paso á sus adversarios; pero era para volver sobre ellos, pues reuniéndose los fugitivos, cargaban sobre los cristianos, rodeándolos por todas partes, y ellos tendiendo sus largas espadas y jabalinas, se mantenian firmes, semejantes, para usar de la frase de un escritor contemporáneo, á un islote contra el cual en vano emplean su furor los embates de las olas mugientes y agitadas (24). Fué la lucha desesperada, y de hombre á hombre. Parecia que el tlascalteca adquiria nueva fuerza, porque peleaba casi á la vista de las montañas de su pais, y el español porque recordaba el horrible destino de los prisioneros. Llenó cumplidamente sus deberes aquel dia la caballería, cargando cuatro ó cinco de frente á las filas enemigas, desbaratando sus desordenadas columnas, y dando con esta momentánea ventaja brio y valor á la infantería. No habia una sola lanza que no estuviese teñida con la sangre del infiel; haciéndose memorable entre todos por su extraordinaria fuerza el capitán Sandoval. Manejando con destreza su fogoso corcel, se precipitaba el momento menos pensado en lo mas reñido de la refriega, venciendo á los mas esforzados guerreros, y regocijándose en el peligro, como si estuviera en su elemento natural (25).

Pero estas singulares pruebas de heroismo solo servian para engolfar mas y mas á los españoles en aquel océano de enemigos, con casi tan poca esperanza de abrirse paso por sus gruesos é interminables batallones, como la de hacerse camino con solo sus espadas por entre las montañas. Muchos tlascaltecas y algunos españoles habian muerto, y casi no habia uno que no estuviese herido. El mismo Cortés habia recibido un nuevo golpe en la cabeza, y su ca-

(24) Esa es la comparacion de que usa Sahagun. "Estaban los españoles como una Isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." (Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.) Segun dice este venerable misionero, supo los pormenores de la accion de boca de varios soldados que asistieron á ella.

(25) El bello retrato del jóven guerrero Tucapel, que traza el poeta épico Ercilla, puede sin violencia aplicarse á Sandoval, segun lo pintan los historiadores castellanos.

"Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla:
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera."

ballo estaba en tan mal estado, que se vió obligado á bajar de él y montar otro de los destinados á conducir los bagajes, caballo fuerte que le condujo bien en toda aquella jornada (26). Habia durado ya la refriega algunas horas: tanto que el sol estaba ya en la mitad del cielo y herian sus rayos las llanuras con mucha fuerza. Los cristianos agobiados con sus anteriores sufrimientos, y extenuados con la pérdida de sangre, comenzaban á flaquear, mientras que el enemigo reforzado por tropas frescas, peleaba todavía con brío, y conociendo su ventajosa posición atacó á los españoles con redoblados esfuerzos. Retrocedió la caballería agolpándose sobre la infantería, y ésta buscando en vano un paso por entre las densas filas del enemigo que habia cerrado ya la retaguardia, fué puesta en algun desorden. El resultado de la batalla iba rápidamente declarándose contra los cristianos: pronto se decidiría la suerte del día; y todo lo que al parecer les restaba, era vender sus vidas tan caras como pudieran.

En tan crítico momento Cortés, cuya penetrante vista habia estado recorriendo el campo en busca de un objeto que le ofreciera medios de contener la ruina que le amenazaba, levantándose sobre los estribos, descubrió á lo lejos un gefe que por su traje y cortejo militar conoció debia ser el caudillo del ejército enemigo. Iba cubierto con un rico manto de plumaje, y un penacho de hermosas plumas engastadas en oro y cubiertas de piedras preciosas ondeaba sobre su cabeza. Elevándose sobre ésta, precisamente á su espalda y entre sus dos hombros, veíase una pequeña asta que llevaba una red de oro por pendon; extraño pero comun distintivo de un general azteca. Venia el cacique cuyo nombre era Cihuaca, en una litera, y rodeábale un destacamento de jóvenes guerreros, cuyos vistosos y ricos vestidos daban á conocer eran la flor de la nobleza india, los cuales servian como de guardia de su persona y de la sagrada insignia.

No bien distinguió la vista de águila de Cortés á este personaje, cuando lució en su frente la expresion del triunfo. Volviéndose prontamente á los caballeros que le acompañaban, entre quienes se contaban Sandoval, Olid, Alvarado y Avila, señalóles al gefe, diciéndoles: "allí está nuestro blanco; seguidme y ayudadme." Luego prorumpiendo en su grito de guerra, y picando con su acerada planta los ijares de su caballo, se metió en lo mas reñido del combate. Sorprendidos y atemorizados sus enemigos con la impetuosidad del ataque retrocedieron; y los que no lo hicieron, ó fueron atravesados con su lanza, ó derribados por la fuerza de su caballo. Seguíanle muy cerca los caballeros, que recorrian las filas enemigas con el efecto del rayo, destrozándolas, sembrando el camino de moribundos y muertos, y salvando todos los obstáculos que se les presentaban. En pocos momentos estuvieron cerca del gefe indio, y adelantándose Cortés á su escolta, se dirigió á él con la fuer-

(26) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.

"Este caballo arriero," dice Camargo, "le sirvió en la conquista de Méjico, y en la última guerra que se dió se le mataron." Hist. de Tlascala, MS.

za de un leon, y atravesándole con su lanza le tendió en tierra. Un joven caballero, llamado Juan de Salamanca, que habia peleado al lado de Cortés, desmontó precipitadamente y acabó de dar muerte al indio. Luego apoderándose de su estandarte lo presentó á Cortés, como un trofeo á que tenia mas derecho que ningun otro (27). Todo fué obra de un momento. Desconcertada la guardia por la violencia del ataque hizo poca resistencia, y huyendo comunicó su espanto á todos sus camaradas. Pronto se supo en todo el campo la fatal pérdida, y llenos los indios de consternacion solo pensaron ya en huir. Poseidos de un ciego terror, su mismo número aumentaba la confusion, y se atropellaban unos á los otros, imaginándose tener al enemigo á la espalda (28).

No dejaron de aprovecharse los españoles y tlascaltecas del maravilloso cambio de su situacion. Sus fatigas, sus heridas, su hambre y su sed, todo fué olvidado con el deseo de la venganza, y siguieron al fugitivo enemigo, esparciendo la muerte á cada golpe, y tomando una completa venganza de lo que habian sufrido en los sangrientos campos de Méjico (29). Continuaron persiguiendo á los indios, hasta que hubieron abandonado enteramente el campo. Entonces, satisfechos los españoles de la matanza, volvieron á recoger el botin que habian dejado, que no era corto, pues estaba cubierto el campo de los cadáveres de los gefes á quienes los españoles, obedeciendo las instrucciones del general, habian apuntado de preferencia, y sus vestidos despleaban toda aquella profusion de adornos y barbárica pompa que tanto agrada al guerrero indio (30). Cuando los

(27) El emperador Carlos V permitió despues á este valiente caballero, que usara de ese trofeo en su escudo de armas en memoria de su hazaña. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(28) Todos los historiadores elogian este heroico hecho de Cortés, quien con solo su brazo, dice Gomara, salvó á todo el ejército. Grónica, cap. 110.—Also, Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.—Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 89.

La breve y sumamente modesta relacion que hace el general al emperador, forma un bello contraste con el estilo hinchado de otros. "E con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios, que murió una persona de ellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra." Rel. seg., en Lorenzana, p. 148.

(29) "Pues á nosotros," dice el intrépido capitan Diaz, "no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre, ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la victoria matando, é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas, y montantes, y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente." Hist. de la conquista, loc. cit.

(30) Ibid., ubi supra.

soldados habian ya quedado en cierto modo recompensados de los últimos reveses, llamólos Cortés alrededor de sus banderas, y despues de tributar el mas humilde reconocimiento al Señor de los Ejércitos por su milagrosa salvacion (31), continuaron su marcha por el ahora desierto valle. Declinaba ya el sol á su ocaso; pero antes de que se extendieran las sombras de la noche llegaron á un templo indio, levantado en una eminencia, que proporcionaba una fuerte y cómoda posicion para pasar la noche.

Tal fué la famosa batalla de Otompan, ú Otumba, como comunmente se llama por la corrupcion que hicieron los españoles del nombre. Tuvo lugar el 8 de julio de 1520, calculando los escritores castellanos, que el número total del ejército indio era el de doscientos mil, y el de los muertos el de veinte mil. Si es exacto lo primero, no hay dificultad en creer lo segundo (32). Es casi tan dificultoso formar un cálculo exacto de la fuerza numérica de la desordenada multitud salvaje, como contar las arenas de una playa ó las esparcidas hojas del otoño. Esta fué ciertamente una de las mas notables victorias ganadas en el Nuevo Mundo, no solo por la desigualdad de las fuerzas, sino por la diferencia de situacion, pues los indios estaban en todo su vigor, y los cristianos extenuados por las enfermedades, hambre, largos y penosos sufrimientos, sin cañones ni armas de fuego, sin todo el aparato militar que tantas veces habia causado espanto á su bárbaro enemigo, faltos aún del terror que inspira un nombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una ciega confianza en su gefe. El que hubieran triunfado de fuerzas tan desiguales, ofrece pruebas de la misma clase, que las que se deducen de las victorias del europeo sobre las medio civilizadas tribus del Asia.

Sin embargo, no todo debe atribuirse en este caso á la superioridad de la disciplina y táctica, pues indudablemente se hubiera perdido la batalla, á no ser por la oportuna muerte del general indio; y aunque la eleccion de la víctima

(31) El guerrero apóstol Santiago montado, como de costumbre, en su caballo, blanco como la nieve, vino esta vez en ayuda de los españoles, cuyo hecho perpetuaron, erigiendo una capilla en las inmediaciones. (Camargo, Hist. de Tlascala.) Diaz, que en casos anteriores habia dudado del milagro, lo creyó en esta indudable. Ibid., ubi supra. Segun el historiador tezcucano, venia ayudado de la Santísima Virgen y el apóstol San Pedro. (Hist. chich., MS., cap. 89.) Voltaire observa juiciosamente, "Ceux qui ont fait les relations de ces étranges événemens, les ont voulu relever par des miracles, qui ne servent en effet qu'à les rabaisser. Le vrai miracle fut la conduite de Cortés." Los que han hecho la relacion de estos extraños sucesos, han querido ensalzarlos por medio de milagros, y no han hecho mas que abatirlos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés. Voltaire, Essai sur les Mœurs, chap. 147.

(32) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib 10, cap. 13.—Gomara, Crónica, cap. 110.

puede considerarse como resultado del cálculo, fué una rara casualidad que se hubiera encontrado en el punto donde estaban los españoles. Este es entre muchos, otro ejemplo de la influencia que ejerce la fortuna en el buen éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés le era entonces propicia. De otra manera, no habria sobrevivido un solo español que refiriera la sangrienta historia de la batalla de Otumba.